

Globalización, crisis institucional y partidos políticos: el deterioro del vínculo política-ciudadanía

Miguel Villalvazo Salazar¹

Resumen

En la actualidad, como resultado de los efectos de la globalización, estamos siendo testigos de una crisis que abarca todos los ámbitos de la vida económica, política y social. Los vertiginosos cambios a que nuestra sociedad se ve sometida a diario han dado lugar a una crisis institucional que, por supuesto, ha afectado también a los partidos políticos. En consecuencia, hoy en día éstos atraviesan por una crisis de credibilidad que llegará a su fin sólo cuando vuelvan a ejercer su función de representatividad ciudadana y a fungir como medios de vinculación entre los individuos y el poder político.

Palabras clave: globalización, crisis institucional, ciudadanía, partidos políticos.

Abstract

Today, in the wake of the globalization effects, we are witnessing a crisis that encompasses all of the areas of the economic, political and social life. The dizzy changes to which our society is being submitted on a daily basis have given place to an institutional crisis that, of course, also has affected the political parties. Consequently, today those face a credibility crisis that will come to an end only when they exercise again their function of citizen representation, acting as a link between the individuals and the political power.

Keywords: globalization, institutional crisis, citizenship, political parties.

¹ Licenciado en Sociología con especialización en Política por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco. Actualmente labora en la Secretaría Ejecutiva General del Instituto Electoral del Estado de México y cursa el segundo semestre de la Maestría en Derecho Electoral que imparte la misma institución. Sus temas de especialización son: política, asuntos electorales y partidos políticos.

Globalización

La globalización puede ser definida como una creciente interdependencia económica del conjunto de países del mundo, provocada por un aumento en el volumen y la variedad de las negociaciones transnacionales de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales y de la difusión acelerada de la tecnología. Dada esta definición, no es de extrañarse que, como resultado de los procesos globalizantes, en los últimos años estén teniendo lugar vertiginosos cambios en las sociedades, cambios que han ejercido y continúan ejerciendo una influencia determinante en las naciones y en las instituciones que les dan sustento, de manera tal que estamos atestiguando una revolución no sólo en las condiciones de la economía y el comercio entre los países, sino también en las bases de la democracia política, la comunicación cultural a nivel mundial y las formas de vida y consumo de la gente (García, 2002: 75, y Brunner, 2002).

Las repercusiones de lo anterior son tales que incluso ha llegado a afirmarse que estamos ante un mundo en el que no hay pueblos, sino mercados, no hay ciudadanos, sino consumidores, no hay naciones

sino empresas, no hay relaciones humanas, sino competencias mercantiles (Gabelas, 2006). En consecuencia, la razón instrumental, el pragmatismo, que busca ante todo la utilidad práctica de las cosas, poco a poco articula espacios y tiempos, modos de producir y consumir, ser y vivir, pensar e imaginar, modificando las actividades de las personas, grupos y clases sociales, así como la vida de las naciones y el concepto mismo de la nacionalidad (López, 2000). Bajo estas nuevas condiciones, instituciones de todo tipo, empresas e iglesias, universidades y partidos políticos comienzan a organizarse de acuerdo con patrones de racionalidad, eficacia, eficiencia, productividad y lucro.

Así lo advierte Martín Delgado (2003), cuando afirma que la globalización está dejando sentir sus efectos prácticamente en todos los aspectos de la vida contemporánea, y se está convirtiendo, casi de manera inadvertida, en un creciente problema que prácticamente es imposible de eludir, pues lo mismo afecta al ámbito público que al privado, a la esfera de la economía que a la vida social, por no mencionar el ámbito cultural, el político y la conciencia social misma, ya que influye inclusive en la forma en que la gente se concibe a sí misma y al mundo.

A la par de lo anterior, la globalización ha dado lugar también a un proceso de desintegración social que ha tenido como uno de sus efectos principales a la individuación (Franco, 2000), reflejada, entre otras cosas, en el consumo como referente de pautas de conducta y estilos de vida y como base de la construcción de identidades y de la búsqueda de reconocimiento. Bajo estas condiciones, el consumismo se convierte en el *leit motiv* social, dando la impresión de que se consume para vivir y se vive para consumir, lo cual resulta en la conformación de individuos utilitaristas y escépticos que, debido a la desaparición de todo objetivo colectivo y ante la carencia de señales que les ayuden a orientarse en la vida, circunscriben su accionar al ámbito de lo privado, dejando a un lado, paulatinamente, el horizonte de la transformación colectiva de la sociedad.

Estamos, pues, ante el surgimiento de la imagen de un sujeto encubiertamente débil, dependiente, carente de libertad e incapaz de tomar decisiones propias, imagen que se opone a la de un individuo que, hasta hace no mucho tiempo, no solamente era capaz de establecer relaciones racionales libres sino que se asumía como miembro activo de una colectividad, ya fuese un Estado Nación, una ciudad, un grupo religioso, ét-

nico, lingüístico, etcétera, y que se sentía responsable del bien común y del sostén de los principios morales e institucionales sobre los que descansa la comunidad.

En efecto, anteriormente, el espíritu comunitario solía definirse con base en conceptos tales como *ciudadanía*, suponiendo la participación conjunta de todos en la vida social y el apego a unos valores comunes (Touraine, 1996), sin embargo, eso ha ido cambiando dada la creciente autonomía individual acarreada por la primacía de la vida económica, que tiende a aislar a los individuos mientras, simultáneamente, extiende las zonas de marginalidad y autonomía y mezcla grupos e individuos de diferentes culturas, relacionándolos bajo esquemas caracterizados por lazos de poder y co-dependencia.

Lo anterior se ha hecho más notorio desde el último cuarto del siglo XX, en que el fenómeno de la globalización se expandió como un hecho natural al que se adaptaron, sin ambages, gobiernos y sistemas económico-políticos de todo el orbe (Del Bruto, 2003). Así, la década de los ochenta estuvo dominada por la idea de crisis, debida en parte a que mientras la sociedad industrial era característicamente centrípeta, la sociedad posmoderna o, como

la denomina Alain Touraine (1996), *desmodernizada*, se torna más bien centrífuga y policéntrica, dando la impresión de desorden y de crisis permanente a causa de los cambios en los roles y las relaciones sociales (Aubert y De Gaulejac, 1993).

Esto ha conllevado, en el ámbito ideológico, al colapso de las certezas morales, con lo que las antiguas misiones comunitarias y las metas sociales comenzaron a derrumbarse (Hargreaves, 1998), en consecuencia se tiene un progresivo debilitamiento de las cosmologías, las ideologías y las obligaciones con las que éstas se vinculan, así como el incipiente desarrollo de una creciente individualización de los destinos, generalmente acompañada de la ilusión de una libre elección individual (Augé, 2001).

Posteriormente, a finales de la década de los 90 del mismo siglo, comenzaron a surgir por todo el mundo numerosas protestas denunciando las injusticias acarreadas por el proceso de la globalización, protestas que, debido a la carencia de fortaleza de las instituciones, a la postre constituyeron a la disidencia en la alternativa política, económica y social proveniente de la contracultura finisecular. En consecuencia, tuvo lugar un desplazamiento de la política, desde las instituciones y actores en

que tradicionalmente operaba, hacia otros ámbitos, con lo cual disminuyó el poder de convocatoria y operación de los partidos políticos y de las elecciones, dando pie al surgimiento de lo que Víctor Alarcón (2003: 12) ha denominado política informal, fenómeno que ha erosionado los vínculos entre los partidos políticos y la sociedad, enarbolando la convicción postmoderna de que las instituciones tradicionales no son capaces de combatir adecuadamente a las nuevas versiones de liderazgo y control social que están surgiendo dentro de las zonas excluidas por los procesos de ajuste económico y estructural.

A partir de entonces, se percibe un proceso de ruptura entre el ciudadano y los partidos políticos que, en el imaginario social, ahora son percibidos como instancias poco eficaces para la gestión social (Rodríguez, 1999: 24). Además, dado que los espacios que antes ocupaban comienzan a ser invadidos por agrupaciones alternativas, tales como las organizaciones no gubernamentales, los partidos políticos dejan de representar opciones válidas para la resolución de los problemas que aquejan a la sociedad, y caen en una severa crisis de credibilidad, confiabilidad y legitimidad ante el electorado, quien a su vez reacciona con apatía y con una escasa convicción por el derecho al sufragio.

Alain Touraine (1996) apunta lo anterior al aseverar que el hecho de que la cultura global se esté separando de las instituciones sociales está ocasionando que éstas se conviertan en meros instrumentos de gestión. A este respecto, cabe añadir que esto ha dado pie a que los actores sociales estén dejando de ser sociales para volcarse sobre sí mismos y optar por definirse ya no por lo que hacen como miembros de la sociedad a la que pertenecen, sino por lo que ellos son en sí, tarea que se ve facilitada por la eclosión de una cultura de masas que les permite escapar de toda referencia a sí mismos, rompiendo con todo principio de realidad para abocarse a la búsqueda de liberaciones impersonales.

En suma, los cambios acaecidos en la cultura actual están creando un nuevo contexto en donde los individuos, de ordinario, deben enfrentarse a nuevas maneras de vincularse socialmente con los demás. En los hechos, esto ha traído diversas transformaciones, atinentes sobre todo a la manera en que las personas establecen lazos entre sí, con lo que crean nuevos agrupamientos sociales en donde impera el individualismo extremo. A decir de Gallo Acosta (2005), un ejemplo de esto es la Internet, creada bajo el supuesto de tratar de relacionarnos sin intervención

de barreras geográficas ni físicas, posibilitándonos el acercamiento a cualquier persona que cuente con acceso a la red, no obstante, a decir suyo, el establecimiento de estas relaciones virtuales es más bien un signo de la paulatina desaparición de lo corporal (el desvanecimiento del individuo como parte de un conglomerado social), que tiene el efecto de hacer parecer como real algo que no lo es.

De acuerdo con Alain Touraine (1996), lo anterior deriva en un cambio diametral al interior de las sociedades, ya que hasta hace relativamente poco tiempo vivíamos en la era de la modernidad, cuya afirmación más contundente fue que los sujetos eran lo que hacían, mientras en nuestros días somos cada vez más ajenos a las conductas que nos hacen representar los aparatos económicos, políticos o culturales que organizan nuestra experiencia (de ahí la apatía y el menosprecio hacia las instituciones). Como resultado, nos enfrentamos a la paradoja de que —en el momento en que la economía se mundializa y es transformada de manera acelerada por las nuevas tecnologías, y debido a que el sistema y el actor ya no se encuentran en reciprocidad de perspectivas sino en oposición directa— la personalidad de los individuos deja de proyectarse

hacia el futuro para apoyarse en un pretérito idealizado o en un deseo a-histórico.

Hasta el momento, a contracorriente los Estados Nación han logrado mantener el envoltorio definitorio de la ciudadanía (Holston y Appadurai, 1996, en Rogers, 2001), pero la sustancia de la misma ha cambiado hasta tal punto, o al menos ha puesto en cuestión tantas cosas, que las morfologías sociales emergentes resultan radicalmente extrañas y fuerzan a una reconsideración de los principios básicos de pertenencia. A este respecto, Hargreaves (1998) señala que, hoy en día, los sistemas de creencias morales, religiosos e ideológicos son diversos, pluralistas y están en constante flujo, lo cual ocasiona que las identidades de las personas dejen de parecer cabales y que dejen de darse por supuestas, pues ya no tienen raíces en unas relaciones estables ni anclas en unas certezas y compromisos morales que las trasciendan.

Por su parte, Biagini (2000: 21) afirma que esta crisis identitaria ha sido considerada como uno de los indicadores más representativos de los tiempos actuales, junto con la tendencia a la deshumanización y el predominio del utilitarismo sobre la solidaridad. A su vez, Ana Pampliega

(2006) sostiene que este artificioso orden social que contrapone lo individual y lo colectivo, lo privado y lo laboral, ha dado pie a una crisis social que se profundiza cada vez más, suscitando efectos contradictorios, pues mientras muchas personas se aíslan en su propio universo, simultáneamente surgen movimientos de agrupación, identificaciones y encuentros, en la medida en que se descubren necesidades comunes.

En suma, cada vez resulta más difícil de realizar la labor de establecer un orden social en donde cada ciudadano tenga un lugar y pueda desarrollarse como individuo (Augé, 2001), pues en el escenario actual la tendencia secular a la individuación ha tornado poroso el conglomerado social, y ha ocasionado una pérdida en la conciencia colectiva y, por ende, en la capacidad de negociación política, de tal modo que la búsqueda de respuestas políticas a las grandes cuestiones del futuro “se ha quedado ya sin Sujeto y sin lugar” (Ulrich, 1997: 57).

Por citar sólo un ejemplo, Mauricio Rodríguez (1999: 24) advierte que, en el contexto actual de crisis permanente, donde la situación global del país no tiende sino a empeorar cada vez más, la participación político-electoral a través del voto

ha perdido fuerza simbólica como factor detonante del cambio y del progreso social. Este fenómeno, si bien no es endémico de México, cobra especial relevancia en él pues, a diferencia de lo que ocurre en otros países, los indicadores económicos tienden a empeorar continuamente, de tal manera que, lejos de progreso, en las últimas décadas hemos experimentado numerosos retrocesos en todos los terrenos.

Proyectos globales, crisis locales

Crisis de los Estados Nación

A decir de Bibiana del Brutto (2003), el concepto de globalización ha sido construido aludiendo, de manera primordial, a la discusión sobre la organización económica entre países ubicados en todas las latitudes del mundo; pero, como veíamos en el apartado precedente, a la par de lo anterior, la globalización también se ha definido por estar dando lugar a una nueva organización política obediente a los dictados del pragmatismo neoliberal. En esta nueva manera de hacer política (y en detrimento del accionar de los gobiernos en materia de política nacional), a las numerosas demandas que se originan al interior de cada nación se suman incontables requerimien-

tos provenientes de otras naciones y de múltiples organismos internacionales, demandas que deben ser atendidas pues, de lo contrario, se corre el riesgo de quedar al margen del imparable progreso mundial.

A este respecto, Beck Ulrich (1997: 18) advierte que se está desmoronando el viejo concepto del Estado-Nacional, pues si bien tiempo atrás éste constituía una premisa esencial de la primera modernidad, actualmente su relegación es el denominador común de las distintas dimensiones y controversias sobre la globalización. Esta relegación de los Estados Nacionales es consecuencia directa de la primacía de los grandes capitales por encima de los gobiernos, cuya capacidad para gestionar las demandas ciudadanas continuamente se ve desbordada ante la creciente complejidad del panorama nacional e internacional. Ante esto, los poderosos capitales privados comienzan a fungir como mediadores sociales, dando cauce a algunos de los requerimientos sociales más inmediatos.

Dicho en otras palabras, como resultado de la velocidad y la intensidad del mercado mundial, los Estados Nacionales se están fragmentando y atomizando cada vez más, de tal manera que nociones como *patria* y *soberanía* están perdiendo vigencia

ante el empuje imperial del nuevo milenio (Rivas, 2001). Esto se debe en gran parte a que la globalización es un proceso sumamente dinámico, de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capital, que trae como resultado una pérdida en la importancia de las políticas nacionales mientras, simultáneamente, las políticas internacionales, aquéllas que se deciden lejos de los ciudadanos a los que afectan de manera directa, cada vez cobran más importancia (Gimeno, 2003 y Montanel, 2006).

En suma, podemos afirmar que detrás de muchos de los fenómenos que están dando origen a las crisis actuales se encuentra, como común denominador, la relegación del Estado como consecuencia de la pérdida de su capacidad como garante y salvaguarda del bienestar de los ciudadanos (Del Brutto, 2003). Esto, a su vez, trae aparejada una desregulación de las economías, que en su mayoría quedan en manos de los grandes empresarios, lo que ocasiona que el poder político se vea cada vez más atado a las decisiones globales, de tal manera que los Estados Nación ven coartada su libertad de acción y, por ende, sus capacidades de intermediación entre la ciudadanía y el poder político.

Esta disparidad entre los gobiernos y los ciudadanos se ve matizada debido a que, como consecuencia de la aplicación de las políticas neoliberales, el intercambio voluntario de bienes y servicios está satisfaciendo buena parte de los requerimientos de los individuos y, de hecho, a decir de Bejarano (1997), en ocasiones lo hace con mayor eficacia que el gobierno mismo, pues el Estado ve restringidas cada vez más sus capacidades de intermediación al quedar marginado de las negociaciones económicas en que se involucran las grandes empresas, de modo tal que, en el ámbito social, su papel llega a quedar circunscrito poco menos que al de proveedor y salvaguarda de los servicios sociales y de las garantías individuales.

Situados en esta perspectiva, podemos darnos cuenta, de acuerdo con Beck Ulrich (1997: 15), de que el término *globalización* no apunta precisamente al final de la política, como ha sido sugerido por diversas voces, sino a su desplazamiento, a una ubicación de la esfera política en un ámbito hasta hace poco inédito, ajeno al marco categorial del Estado-Nación. Aunque los gobiernos se caracterizan por su carencia de poder sobre las economías locales, por la falta de soberanía sobre sus monedas y sistemas financieros, y por estar sometidos al poder de los

grandes inversionistas internacionales (Acosta, 1998), la política, dado el importante e imprescindible papel que desempeña para el correcto funcionamiento de toda sociedad, a través de los ciudadanos ha logrado encontrar voz y cauce en foros alternativos.

Crisis institucional

A finales del siglo XX, se consideraba que una de las mayores victorias de la democracia liberal había sido el debilitamiento de las instituciones tradicionales en las zonas mundiales de mayor desarrollo. Este pensamiento se sustentaba en la idea de que dichas instituciones eran no sólo anacrónicas y estaban desfasadas en relación con el nuevo orden mundial, sino que incluso su presencia representaba serios obstáculos para el progreso. A partir de entonces, las instituciones tradicionales adoptaron un perfil bajo, de acuerdo con un estilo de política “mínima”, al margen de las grandes decisiones económicas, sociales e incluso políticas, tanto a nivel nacional como internacional.

Sin embargo, esta manera de proceder no ha tardado en mostrar signos de ser equívoca pues, paradójicamente, en zonas con menor desarrollo que siguieron esta tendencia por ver

en ella una llave de acceso al primer mundo (incluido nuestro país), ese mismo debilitamiento de las instituciones ha puesto en riesgo la estabilidad de los sistemas, toda vez que, como resultado de la consecuente falta de intermediación institucional o de su progresivo y sostenido adelgazamiento, hay países que han quedado a la deriva, sin derrotero específico en su dirección política o económica (Alarcón, 2003: 13).

Este fenómeno forma parte de uno mucho más amplio, respecto al cual Alain Touraine (1996) acuñó el término *desinstitucionalización* que, en síntesis, hace referencia al debilitamiento o desaparición de normas sociales que anteriormente se hallaban codificadas y eran protegidas por intermediación de diversos mecanismos legales; asimismo, la desinstitucionalización alude a la desaparición de los juicios de normalidad que anteriormente eran aplicados por las instituciones a las conductas públicas y privadas de las personas.

Evidentemente, Alain Touraine emplea el término *institución* en su sentido más amplio, abarcando tanto las leyes como los principios organizativos, explícitos e implícitos de una sociedad dada en una época determinada y en todos los niveles, del macrosocial al microsocia, y no

sólo en el terreno sociopolítico, en contraposición al empleo del vocablo *institución* para designar única y exclusivamente a aquellas organizaciones reconocidas formal, institucional e ideológicamente como partes fundamentales constitutivas del poder soberano de un Estado.

Ahora bien, circunscribiéndonos al ámbito político, tenemos que, en la actualidad, el fenómeno de la desinstitucionalización ha traído como consecuencia una crisis en los sistemas de partidos políticos y de elecciones, los cuales enfrentan, como resultado, diversos problemas de construcción y diseño institucional, cuya expresión más álgida puede observarse en la progresiva disminución en la participación electoral de los ciudadanos, en la ausencia de partidos políticos que representen verdaderas alternativas en el abanico de la representación política, en la carencia de agendas partidarias sólidas y congruentes con un eje rector fundamental y en el constante surgimiento de dudas acerca del futuro de la participación política ciudadana (Alarcón, 2003: 7).

A este respecto, como resultado de una interesante investigación cualitativa de campo que tuvo por objetivo sondear el mapa de percepciones, actitudes, creencias y opiniones de

los ciudadanos del Estado de México acerca de los partidos políticos y su desempeño, Mauricio Rodríguez León (1999: 53) se encontró con percepciones y opiniones que en su mayoría expresaban un abierto rechazo hacia los partidos y que, en general, se refirieron al sistema político de nuestro país y, en particular, al gobierno de la entidad. Sobre los resultados de su investigación, Rodríguez León advierte que el nivel de desconfianza institucional expresado por los participantes parece dar indicios de una fractura entre los sistemas social y político.

Por último, respecto a las causas de la falta de motivación para votar por parte de los ciudadanos participantes en la investigación mencionada, el mismo Mauricio Rodríguez León encontró que éstas pueden ser aglutinadas en tres grupos diferenciados:

- a) Un severo deterioro en la imagen e identidad de los partidos políticos y su descrédito como instituciones que fungen de agentes mediadores entre la sociedad y el poder público.
- b) El manejo de la propaganda electoral.
- c) La falta de eficacia de la administración pública, la cual es considerada responsable directa del “severo deterioro económico, so-

cial, político y ambiental que ha afectado a nuestro país desde hace casi tres décadas” (Rodríguez, 1999: 63).

Como podemos observar, todos y cada uno de los tres grupos en que Mauricio Rodríguez agrupa las causas que se encuentran detrás de la falta de motivación de los participantes de su investigación con respecto a llevar a efecto el ejercicio democrático de su derecho al voto, pueden circunscribirse con facilidad a la crisis institucional a que nos hemos referido en este escrito. En vista de ésta y de las evidencias adicionales que hemos ido proporcionando a lo largo de este ensayo, podemos concluir que los partidos políticos, al igual que las demás instituciones que forman parte constituyente de sociedades modernas como la nuestra, se encuentran en una severa crisis, consecuencia de la forma pragmática de actuar que han adoptado con la finalidad de contrarrestar los agresivos embates del fenómeno llamado globalización.

Erosión del vínculo política-ciudadanía

De acuerdo con el Libro segundo, Título Primero, Artículo 33, del Código Electoral del Estado de México

(2008: 30): “Los partidos políticos son entidades de interés público que tienen como fin promover la vida democrática, contribuir a la integración de la representación popular y como organizaciones de ciudadanos, hacer posible el acceso de éstos al ejercicio del poder público de acuerdo con los programas, principios e ideas que postulan”.

No obstante lo anterior, en el escenario actual, caracterizado por acelerados y constantes cambios tecnológicos y económicos que se erigen como un verdadero reto para las instituciones políticas y sociales, éstas se ven obligadas a adaptarse, careciendo de los mecanismos necesarios para hacerlo y, además, en un contexto en el que las políticas públicas van perdiendo paulatinamente su capacidad de intermediación y negociación, todo esto como consecuencia de que la antigua política, característicamente cooperativa, poco a poco está cediendo el paso a una política de carácter más competitivo y excluyente, que se maneja bajo una ideología en exceso pragmática (Alarcón, 2003: 10).

En consecuencia, la legitimidad y representatividad de los partidos políticos está atravesando por una grave crisis, que se manifiesta, de acuerdo con Mauricio Rodríguez

(1999: 24), en la pérdida gradual de su valoración como instancias mediadoras eficaces y confiables entre el poder político y la ciudadanía. A lo anterior, Víctor Alarcón (2003: 11) añade el hecho de que los partidos actualmente se encuentran anquilosados por su incapacidad para ajustarse a los veloces ritmos de la liberalidad con que ahora tanto la información como los recursos pueden llegar a los ciudadanos prácticamente sin intermediación de las instituciones.

En síntesis, cuando se piensa en la resolución de los innumerables problemas que aquejan a las sociedades actuales, inmersas en un contexto cada vez más complejo a causa de los intrincados procesos globalizantes, advertimos que los partidos políticos han dejado de representar opciones válidas (Rodríguez, 1999: 24). Esto los ha llevado a una severa crisis de credibilidad, de confiabilidad e, inclusive, de legitimidad ante el electorado, quien manifiesta un profundo desapego hacia todo lo que guarda relación con la política y los políticos, los cuales, junto con la administración pública, han caído en un profundo descrédito, fundamentalmente por las deficiencias que la ciudadanía les atribuye en el cumplimiento de sus responsabilidades de gestión social.

Respecto a la crisis en los partidos políticos, Víctor Alarcón (2003: 15-16) menciona que, en regímenes democráticos como el nuestro la institucionalidad de los partidos políticos se construye con base en las reglas y procedimientos electorales y que, por lo tanto, la crisis en los partidos puede darse en dos ámbitos:

- a) Externa-funcional, es decir, cuando los partidos entran en crisis al no poder mediar ni transmitir las demandas ciudadanas, al no acceder al poder ni al gobierno.
- b) Funcional-interna, o sea, cuando los partidos no logran satisfacer sus propias demandas internas de organización, capacidad financiera e identidad social e ideológica.

Además, a estas dos dimensiones hay que sumar otra referente a la preexistencia de una crisis en el sistema de partidos y en el sistema electoral, los cuales guardan una estrecha relación con el desgaste en la credibilidad ciudadana acerca de las reglas políticas y los mecanismos para promover el cambio de gobernantes.

Desafortunadamente, el fenómeno de la crisis en los partidos políticos está adquiriendo una dinámica recursiva que se retroalimenta a sí misma, de tal manera que, de acuer-

do con Mauricio Rodríguez (1999: 65), a la vez que la autoridad percibe que el ciudadano se vuelve cada vez más indiferente ante los procesos electorales, los ciudadanos, por su parte, notan que las elecciones y sus respectivos operadores políticos (tanto los partidos como las autoridades electorales) se vuelven cada vez más indiferentes ante ellos.

De acuerdo con los resultados de la ya citada investigación sobre percepciones, actitudes, creencias y opiniones políticas de los ciudadanos mexicanos, realizada por Mauricio Rodríguez (1999: 25), éste encontró que los jóvenes y las amas de casa participantes en su investigación no sólo no toman en consideración a la política y a los políticos, sino que incluso los descalifican como instancias legítimas y confiables, a tal grado que expresan serias dudas respecto a que éstos se encuentren realmente comprometidos con la satisfacción de las expectativas y necesidades inherentes a la condición y ubicación sociales y económicas de los ciudadanos.

Evidentemente, estas divergencias entre los partidos políticos y la ciudadanía, lejos de ser inocuas, han implicado un alto costo, toda vez que los partidos han ido perdiendo paulatinamente los privilegios que

anteriormente poseían al fungir como interlocutores y mediadores válidos entre los ciudadanos y el poder público (Alarcón, 2003: 19). Ante esto, los partidos políticos apuntalan aún más los andamiajes de la lógica recurrente que ha estado mermándolos en sus funciones, al optar por el pragmatismo de la dispersión ideológica.

Dicho en otras palabras, los partidos políticos, al ver reducido su poder de convocatoria, lejos de ahondar en los orígenes (y al creer que dicho fenómeno puede encontrar explicación simplemente en la falta de identificación de los ciudadanos con un perfil partidario definido y no en la ineficacia partidaria) para tener una mayor cantidad de votantes, optan por la indefinición, por abanderar causas y asuntos ubicados en cualquier sitio del espectro ideológico, sin tener en mente otro aspecto más allá de su rentabilidad, de lo atractivas y deslumbrantes que puedan resultar para los electores en una coyuntura política determinada, sin darse cuenta, al parecer, de que esto actúa en detrimento de su propia estructura partidaria y profundiza aún más su debilitamiento.

Un ejemplo sumamente claro de esto lo constituye el hecho de que —si bien hasta hace no mucho tiempo era posible ubicar a los partidos polí-

ticos por su ideología de izquierda o de derecha o podía ubicárseles como partidos prosistema o antisistema— en la actualidad, los partidos se alejan cada vez más de la sociedad, se tornan más pragmáticos, selectivos y limitados en la selección de sus metas y objetivos partidarios; obedecen a consideraciones y premisas societarias que poco o nada han podido ofrecer ante los procesos de integración y regionalización impuestos por la globalización; adoptan, ante el poder y ante los compromisos adquiridos ante el electorado, una actitud obediente más a los fines internos de la organización que a los de representación de la sociedad (Alarcón, 1999: 178; 2003: 16-17).

En este sentido, Mauricio Rodríguez (1999: 24) menciona que la percepción más recurrente y generalizada del electorado respecto a los partidos políticos es que apoyan a los ciudadanos solamente con fines electoreros y durante los periodos de campañas políticas, lo cual, aunado a la costumbre de los partidos de hacer múltiples promesas y no cumplir con sus ofrecimientos de campaña, da ocasión a una creciente incredulidad ciudadana y a un bajo interés por participar o militar activamente en algún partido político. En consecuencia, tal como el mismo Mauricio Rodríguez lo expone: los electores

no sólo han dejado de creer en los mensajes de los partidos políticos, incluso han dejado de escucharles.

Lo anterior, que en sí mismo es grave, ya que denota entre los partidos políticos y la ciudadanía una escisión que se antoja insalvable, se suma a las férreas maneras de ejercer la política que hemos estado presenciando en los últimos años, con campañas electorales agresivas en exceso, carentes de límites éticos y morales, fundamentadas más en la descalificación y el insulto hacia el oponente que en la exposición franca, abierta y propositiva de plataformas electorales diseñadas con la finalidad de dar cauce a las inquietudes y necesidades ciudadanas. Por ello, no debe causarnos extrañeza que los ciudadanos, cada vez con más frecuencia, hagan a un lado los cauces institucionales para manifestarse y opten por acudir a vías alternativas con la esperanza de encontrar en ellas la solución a sus problemas y a sus necesidades más apremiantes.

Conclusiones

No obstante lo mencionado hasta el momento con respecto a la crisis que actualmente aqueja a las instituciones en general y a los partidos políticos en particular, así como en

relación con el bajo posicionamiento que la política tiene hoy en día en el imaginario social de los electores, consideramos que existen razones de sobra para preservar una visión optimista acerca del futuro de los partidos en el panorama político de nuestro país.

Tal como lo menciona Mauricio Rodríguez (1999: 53), si bien en las percepciones, creencias y opiniones de los ciudadanos consultados para su investigación predominan actitudes de sospecha y descrédito hacia todos los partidos políticos, en las mismas también puede percibirse que la ciudadanía echa de menos un partido o una organización política en la cual puedan confiar, una institución que responda a sus expectativas de representación política y a cuyo amparo logren dar cauce a sus necesidades e inquietudes.

Esto es así, según Hargreaves (1998), porque, desde un punto de vista individual, el mundo actual, inmerso plenamente en los procesos de la globalización, si bien crea las condiciones propicias para una creciente potencialización personal, de manera simultánea, dada su característica volatilidad o falta de permanencia y de estabilidad, también tiende a sentar las bases para el surgimiento de múltiples crisis en el ámbito de

las relaciones interpersonales, toda vez que éstas carecen de anclajes externos a ellas mismas, así como de tradiciones u obligaciones sociales que den garantía a su estabilidad, seguridad y continuidad.

En este sentido, siguiendo a Mauricio Rodríguez (1999: 54), resulta evidente la necesidad social de que haya instituciones fuertes que vinculen a los ciudadanos, y les otorguen un sentido de estabilidad, pues, si bien en la ya citada investigación en que los ciudadanos evaluaron a los partidos políticos otro aspecto observado fue la falta de opciones válidas y confiables para los votantes, por otra parte, también se percibe, en términos de mercadotecnia política, un espacio vacío, una carencia o, dicho en otras palabras, una necesidad insatisfecha, lo cual implica que, respecto a un conjunto de necesidades dadas, el elector no ha logrado encontrar un satisfactor que cubra sus expectativas mínimas.

En específico, esto significa que, a pesar del ejercicio ya común de cierta política informal en manos de múltiples organizaciones no gubernamentales y de otros agentes externos a lo institucional, éstos no han logrado suplir del todo a los partidos políticos en su papel de gestores de las necesidades sociales, toda vez que

también se han visto rebasados por la creciente complejidad del entorno actual, de tal manera que ninguno de ellos ha bastado por sí mismo para desempeñar todas y cada una de las funciones y responsabilidades que la sociedad ha adjudicado a los partidos políticos.

Aludiendo al contexto del enajenante proceso globalizador en que nos desenvolvemos hoy en día, viene a colación la tesis de Alain Touraine (1996), quien nos presenta la idea de un ciudadano poseedor de una capacidad generadora que le permite asumir posiciones emancipadoras frente a los órdenes exteriores de cualquier tipo que pretendan negarlo y manipularlo. En otros términos, el sujeto, en cualquier sociedad y cultura, representa una fuerza de liberación, ya que, como es sabido, su identidad sólo puede establecerse con base en lo que le diferencia de los demás, por lo que adquiere contenido únicamente a través del reconocimiento del otro y de la adhesión a unas reglas jurídicas y políticas de respeto por sí mismo y por el otro.

Y es justamente aquí en donde se torna fundamental el papel desempeñado por los partidos políticos, al evidenciarse la apremiante necesidad de llevar a cabo una reestructuración social. Debemos comenzar a pregun-

tarnos, en primer término, si los partidos políticos, junto con las demás instituciones que conforman nuestra sociedad, están en condiciones de comprometerse a funcionar de manera verdaderamente democrática y, en segundo y tercer términos, qué significan hoy en día estas instituciones y qué lugar ocuparán en el futuro respecto a las necesidades sociales básicas (Alarcón, 2003: 13).

La permanencia y el desarrollo futuro de los partidos políticos dependerá principalmente de su capacidad para aceptar la presencia regular de procesos de democratización interna, tales como la reducción de sus requisitos de membresía, la apertura de sus procesos de selección, etcétera. Por consiguiente, el reto inmediato es el diseño de instituciones enfocadas a la detección y eliminación de las prácticas negativas de la estructuración política, así como evitar prácticas infructuosas o que han ocasionado efectos negativos que no han podido ser cubiertos por las compañías transnacionales ni por las organizaciones civiles (Alarcón, 1999: 14).

Para ello, de acuerdo con Víctor Alarcón (2003: 14), puede ser de utilidad la reorientación del proceso de liberalización de las instituciones —procurar volverlas más equilibradas y menos excluyentes, más per-

misivas respecto a la apertura hacia nuevos modos de participación sin dejar de lado los ya existentes— con lo cual es de esperarse que se cumpla la demanda del “regreso del Estado” junto con las estructuras de mediación, deliberación y decisión asociadas con las elecciones, los partidos políticos y los parlamentos.

Es menester también que los partidos políticos desempeñen adecuadamente las funciones que les han sido encomendadas por la sociedad, tomando en cuenta que, de acuerdo con Giovanni Sartori (citado en Alarcón, 1999: 164), los partidos no son facciones y no deben actuar como tales, sino que deben buscar beneficios colectivos, pues son parte de un todo con funciones específicas que no pueden ser realizadas por otras instancias, por lo que deben fungir como conductos de expresión encargados de vincular al pueblo con el gobierno.

A tal efecto, de acuerdo con Alarcón (2003: 22), los actores políticos deben tomar en consideración que, en contextos de globalización y de liberalización en todos los ámbitos, en vistas de asegurar el futuro potencial de los partidos políticos, éstos deben escapar a los conceptos de territorialidad y de temporalidad que tradicionalmente les han vincu-

lado con argumentos nacionalistas, religiosos, culturales o étnicos, pues carecen de la velocidad suficiente y necesaria para adaptarse estructural e ideológicamente y para poder llegar a clientelas cada vez más transregionales.

Es necesario también, a decir de George Mead (1982), tomar en cuenta que el valor de una sociedad ordenada es esencial para nuestra existencia, y ello atañe tanto al ámbito de las relaciones productivas, como a la necesidad de que existan espacios para la expresión del individuo mismo, condición imprescindible si se quiere que exista una sociedad satisfactoriamente desarrollada. Por ello, en su transformación en instituciones democráticas y modernas, los partidos políticos deben asumir que, aún en crisis, pueden reconfigurarse y ofrecer a los diversos segmentos de la ciudadanía posibilidades expresivas para defender sus necesidades, más allá de una mera representación formal dentro de los cuerpos legislativos (Alarcón, 2003: 23).

Los partidos políticos conforman, junto con las autoridades electorales y la administración pública, la estructura política fundamental de nuestro régimen republicano (Rodríguez, 1999: 66), sin embargo, si bien las autoridades electorales poco

pueden hacer para revertir la crisis que se vive en los partidos, a lo que sí deben abocarse es a la promoción de los cauces y procedimientos de participación e intervención colaborativa de la ciudadanía en las instituciones públicas.

En síntesis, la globalización no puede continuar limitada a una conexión entre “los de arriba”, excluidos “los de abajo”, pues ello puede crear lazos de interdependencia (o dependencia), pero no genera *per se* relaciones personales, lazos de solidaridad, el compartir ilusiones y proyectos, comprensión y respeto al otro, etcétera, de ahí que la sociedad se tenga que apoyar en otras interdependencias, en formas de integrar a los sujetos en actividades y proyectos comunes (Gimeno, 2002). Por ende, el proyecto de la globalización económica tiene que ir unido a unos principios manifiestos de justicia so-

cial y la economía mundial tiene que estar enmarcada en un nuevo bienestar social y en nuevas normas y condiciones medioambientales.

Por ello, las cuestiones éticas y de justicia planteadas por la polarización global de la riqueza, la renta, el poder y las enormes asimetrías en las opciones vitales no son algo cuya resolución pueda dejarse en manos de los mercados (Montanel, 2006), pues, en palabras de Gimeno Sacristán (2003), si no se toma en cuenta a la sociedad, a cómo los individuos se engarzan en ella y a la cultura que les une o les distancia, estaremos en grave riesgo, pues el mercado puede conectar a los mercaderes, a los productores y consumidores, pero si no atiende nuestras formas de interrelación, tanto en la pequeña escala como en la global, deshace lazos sociales de cooperación y el sentido de pertenecer a algo.

Fuentes consultadas

- Acosta Córdova, Carlos. 1998. "La trampa de la globalización: los grandes inversionistas internacionales dirigen ya la economía mundial". *Proceso*, 1142, año 20, septiembre.
- Alarcón Olgún, Víctor. 1999. *Teoría de participación. Enfoques contemporáneos en Ciencia Política*. México: Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública.
- Alarcón Olgún, Víctor. 2003. "La teoría de los partidos políticos ante los retos del cambio de siglo". *Polis*, núm. 1, Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa.
- Aubert, Nicole y Vicent de Gaulejac. 1993. *El coste de la excelencia. Del Caos a la lógica o de la lógica al caos*. México: Paidós Contextos.
- Augé, Marc. 2001. *Sobremodernidad. Del mundo de hoy al mundo de mañana*. [Documento en línea]. Consultado en abril de 2007. Disponible en formato HTML en <<http://www.memoria.com.mx/129/auge.htm>>
- Bejarano, Jesús Antonio. 1997. *¿Qué es neoliberalismo? Su significado en la historia de las ideas y en la economía*. Bogotá, Colombia: Biblioteca Luis Ángel Arango. Biblioteca Virtual Banco de la República. [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2010. Disponible en formato HTML en <www.banrep.gov.co/blaavirtual/creencial/jul1997.htm>
- Biagini, Hugo E. 2000. *Entre la Identidad y la Globalización*. Argentina: Leviatán, colección: El Hilo de Ariadna.
- Brunner, José Joaquín. 2002. "Educación Superior, Integración Económica y Globalización". Conferencia presentada en el Primer Simposio Regional Educación, Trabajo y la Integración Económica de Merconorte, organizado por el Consejo de Educación Superior de Puerto Rico. *Perfiles Educativos*. vol. XIX, núm. 76/77, abril-septiembre.
- Código Electoral del Estado de México. 2008. México: Instituto Electoral del Estado de México.
- Del Brutto, Bibiana A. 2003. "Globalización y el nuevo orden internacional: Las sociedades de la información". Textos de la CiberSociedad. [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2007. Disponible desde internet en formato HTML en

- <<http://www.perspectivaspoliticas.com/globalizacion.htm>>
- Delgado Contreras, Martín Ricardo. 2003. *Proceso de la globalización y su impacto en la educación latinoamericana*. [Documento en línea]. Consultado en octubre de 2007. Disponible desde Internet en formato HTML en <http://www.monografias.com/trabajos7/gloed/gloed.shtml>
- De Quiroga, Ana Pampliega. 2006. "Pichón-Rivière y Paulo Freire. Intervención de Ana Quiroga en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo". *América Libre* [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <http://www.nodo50.org/americalibre/educacion/quiroga1_110705.htm>
- Franco, Yago. 2000. "Subjetividad: lo que el mercado se llevó (Una perspectiva desde el pensamiento de Cornelius Castoriadis)". Texto publicado en la revista de debate y crítica marxista *Herramienta*, núm. 12, otoño de 2000, Buenos Aires. [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <<http://www.magma-net.com.ar/subjetividad.htm>>
- Gabelas Barroso, José Antonio. 2006. "Virtualidad y educación, ¿Una puerta para la comunicación?" Monografías.com [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <<http://www.monografias.com/trabajos901/tics-virtualidad-educacion-new-media/tics-virtualidad-educacion-new-media.shtml>>
- Gallo Acosta, Jairo. 2005. "Subjetividad y vínculo social". *Antropos Moderno* [Documento en línea]. Consultado en mayo de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=784>
- García, Beatriz. 2002. "El rendimiento académico: un enfoque multidisciplinario". Reporte de Investigación. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Facultad de Estudios Superiores, Campus Iztacala. Tlalnepantla de Baz, Estado de México.
- Gimeno Sacristán, José. 2003. *El significado y la función de la educación en la sociedad y cultura globalizadas*. Madrid: Morata.
- Hargreaves, A. 1998. *Profesorado, cultura y postmodernidad*. Cam-

bian los tiempos, cambia el profesorado. Madrid: Morata.

López, Rodrigo. 2000. *Educación Superior y Nuevos Valores.* México: Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS).

Mead, George. 1982. *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social.* México: Paidós.

Montanel Marcuello, Sergio. 2006. "Definiciones de Globalización". *Ecobachillerato.com.* [Documento en línea]. Consultado en julio de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <<http://www.educa.aragob.es/iespgaza/ecobachillerato/trabajosecono/definicionesglobalizac.htm>>

Rivas, Ramón. 2001. "Globalización, educación y conciencia histórica: historiografía imperial, federal y crisis de la historia nacional". *Educere*, año 5, núm. 12, enero-febrero-marzo, 2001 [Documento en línea]. Consultado en febrero de 2007. Disponible desde Internet en formato HTML en <<http://www.saber.ula.ve/db/ssaber/Edocs/pubelectronicas/educere/vol4num12/articulo4-12-5.pdf>>

www.saber.ula.ve/db/ssaber/Edocs/pubelectronicas/educere/vol4num12/articulo4-12-5.pdf>

Rodríguez León, Mauricio Alejandro. 1999. "Crisis y coyuntura del régimen de partidos: estudio de imagen y opinión sobre los partidos políticos mayoritarios en el Estado de México". *Apuntes Electorales*, Primer Certamen Estatal de Investigación y Ensayo Político, diciembre.

Rogers, Alisdair. 2001. *Los espacios del multiculturalismo y de la ciudadanía. Papeles de Población*, núm. 28 CIEAP/UAEM. [Documento en línea]. Consultado en abril de 2010. Disponible desde Internet en formato HTML en <<http://www.unesco.org/issj/rics156/rogerspa.html#artle>>

Touraine, Alain. 1996. *Podremos vivir juntos.* México: Fondo de Cultura Económica.

Ulrich, Beck. 1997. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización.* México: Paidós.